

Pienso que son cuestiones sobre las que hay que seguir discutiendo y que uno de los aspectos más interesantes del libro comentado es, precisamente, que abre caminos a debates futuros. Sólo lamento que —quizá por el carácter didáctico que quiso dársele al volumen— se omita generalmente, con una notable excepción, mencionar la fuente o las fuentes de donde proceden ciertas ideas y ciertos datos y textos. Para los debates futuros, y para la investigación misma, sería necesario tener toda esa información.

Empieza ahora una edad dorada de los estudios sobre la lírica popular/tradicional. Durante mucho tiempo los especialistas en poesía oral hispánica concentraron su interés en el romancero. A él se dedicaban estudios individuales, ponencias, congresos enteros y grandes volúmenes colectivos. Pero ya los últimos coloquios internacionales sobre el romancero han incluido comunicaciones sobre lírica tradicional —quizá en ello fue decisiva la influencia de Antonio Sánchez Romeralo—, y ahora comienzan a surgir coloquios dedicados exclusivamente a este campo. El primero, si no me equivoco, fue justamente el “ciclo” celebrado en Sevilla en marzo del 96, que organizó Pedro Piñero; el segundo se realizó en Londres en el mismo año, organizado por Mariana Maserá; el tercero fue el de Alcalá de Henares, en 1998, a cargo de José Manuel Pedrosa y Mariana Maserá. Y empiezan a publicarse las memorias respectivas, la primera de las cuales, y la única hasta ahora publicada, es este excelente libro que tenemos entre manos y que se constituye así en un parteaguas. Los que llevamos años dedicados a estos menesteres tenemos motivos para alegrarnos.

MARGIT FRENK  
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Maximiano Trapero y Juan Bahamonde Cantín, eds. *Romancero general de Chiloé*. Transcripciones musicales LOTHAR SIEMENS HERNÁNDEZ. Frankfurt am Main / Madrid: Vervuert / Iberoamericana, 1998; 304 pp.

En las últimas dos décadas se ha renovado el interés por publicar romanceros americanos. En 1986 aparecieron: el *Romancero tradicional de*

*Costa Rica*, de Michelle Cruz-Saenz (Newark, Delaware: Juan de la Cuesta), y el *Romancero tradicional de México*, de Mercedes Díaz Roig y Aurelio González (México: UNAM); siguió *El romance tradicional y el corrido en Guatemala*, estudio y antología de Carlos Navarrete (México: UNAM, 1987), que había aparecido en 1963, en una revista de escasa difusión (*Universidad de San Carlos* 59: 181-254); desde 1990 contamos con un *Romancero tradicional de América*, realizado por Mercedes Díaz Roig (México: El Colegio de México), y, a partir de 1996, con un *Romancero general de Cuba*, debido a Beatriz Mariscal (México: El Colegio de México). Varios romanceros nacionales y un romancero continental.

La obra que ahora reseñamos, *Romancero general de Chiloé*, pertenece a otra tendencia, la de publicar repertorios regionales. Como es sabido, se trata de una tendencia iniciada por investigadores peninsulares en la primera mitad del siglo XX, y que, en los últimos años, ha cobrado nuevas fuerzas.

Veamos en qué consiste este *Romancero general de Chiloé*. Empecemos por la zona estudiada. En el “Estudio introductorio” (15-70) se dice que Chiloé es un archipiélago situado al sur del canal de Chacao, en la décima región de Chile. Las peculiaridades geográficas, históricas y etnográficas del lugar despiertan expectativas interesantes sobre su caudal romancístico. Algunas de esas peculiaridades son: el aislamiento con respecto al continente, que produjo una cultura singular, caracterizada por el mestizaje hispano-mapuche y condicionada por el medio marítimo (el aislamiento termina en 1853, cuando se funda Puerto Mont, una vía de comunicación segura con tierra firme); la fama de ser el territorio más “español” de Chile, con una influencia indígena más débil que en el continente y un índice de analfabetismo menor que en el resto del país (17-23).

La condición de archipiélago, los siglos de aislamiento y la “españolidad” de Chiloé auguraban un buen comienzo al proyecto de Maximiano Trapero, destacado estudioso del romancero y editor de diversas colecciones de romances canarios. Su colaborador, Juan Bahamonde Cantín, “chilote de nacimiento y de residencia” (52), es profesor de la Escuela Normal de Ancud, dependiente de la Universidad de Valdivia.

La mayoría de los materiales procede de la encuesta que Trapero y Bahamonde llevaron a cabo, del 29 de octubre al 2 de noviembre de 1993, en varios puntos de la Isla Grande. Los resultados de esta primera

encuesta se complementaron con entrevistas posteriores, hechas por Bahamonde. El libro también incluye romances chilotes publicados en colecciones anteriores, como: *Romances populares y vulgares*, de Julio Vicuña Cifuentes (Santiago de Chile: Biblioteca de Escritores Chilenos, 1912); *Chiloé y los chilotes*, del padre Francisco J. Cavada (Santiago de Chile: Imprenta Universitaria, 1914); *El romancero chileno*, de Raquel Barros y Manuel Dannemann (Santiago: Universidad de Chile, 1970), entre otros.

Ambos tipos de fuentes dieron un total de 58 textos, en 111 versiones. He aquí el criterio que rigió la selección de los materiales: “publicar todos los textos que admiten el calificativo de *romance*, es decir, todas las versiones recogidas y conocidas, sin distinción excluyente de los romances de pliego o de tipo local respecto de los de tradición panhispánica” (59).

La colección de romances (71-272) está dividida en ocho secciones: Romances tradicionales (73-121), Romances del repertorio infantil (123-140), Romances religiosos (141-156), Romances vulgares popularizados (157-171), Romances de pliego dieciochescos (173-225), “Corridos” locales (227-258), Canciones narrativas locales (259-264) y “Alabados” de Navidad (265-272). Además del título y la indicación de la asonancia, cada poema se acompaña de una ficha con datos sobre las circunstancias de su recolección (en los textos previamente impresos se señala la obra en que aparecieron primero); las variantes, si las hay; la melodía, cuando fue posible obtenerla, y un comentario que compara al romance con otras versiones chilenas y establece sus relaciones con la tradición americana e hispánica general.

Tomemos el caso de *Blancaflor y Filomena* (éa + ó), el núm. 5 de la sección “Romances tradicionales”. Aunque no figura en ninguna de las fuentes del romancero viejo (en general, reacias a admitir composiciones que trataran el tema del incesto), el romance está muy difundido en la tradición oral moderna: se ha recogido en España y Portugal, en las Islas Canarias, en las dos ramas de la tradición sefardí y en varios puntos del continente americano. Chiloé no fue la excepción.

Trapero y Bahamonde reproducen seis versiones. La primera, recogida por ellos, es una noticia prosificada, rematada por un solo verso —el último— del poema (la informante, María Marta Oyarzo, una mujer de gran memoria romancística, no pudo recordar más que eso). Si-

guen cinco versiones tomadas de colecciones anteriores. En ellas comprobamos, de nuevo, la vigencia de los principios que rigen la transmisión tradicional: conservación y variación. El romance panhispánico de *Blancaflor y Filomena* se ha ido adaptando al contexto chileno, mediante una serie de dialectalismos (*defarranco* por ‘despeño’, *llevarís* por ‘llevaréis’, *vido* por ‘vio’) y un abundante *loísmo*; al mismo tiempo, en los textos chilotes encontramos referencias a un pasado antiguo y caballeresco, que no tiene nada que ver con el entorno de los transmisores, como el llamar “duque”, “infante” o “príncipe” al violador (*Fernando*, *Fernandillo*, *Fernandito* o *Bernardino*), un rasgo compartido por las versiones chilenas continentales, según nos dice el comentario anexo.

Un detalle interesante de la versión 5.5: en la tradición panhispánica es más o menos común que la madre muestre algún reparo antes de permitir que Filomena acompañe al esposo de Blancaflor; como en el resto de las versiones chilotas, el reparo expuesto en 5.5 es el de la virginidad de la chica: “-¿Cómo la has de llevar, hijo, / siendo muchacha doncella”. En otras versiones es frecuente que la madre sugiera un cambio de vestuario, como preparativo para el viaje, pero en el texto que comentamos la elaboración del detalle insinúa la culpabilidad de la madre, presentándola como cómplice indirecta del incesto:

—Toma, muchacha, esta llave, abre ese cofre dorado  
y ponte el mejor vestido pa que vai con tu cuñado.

Una última observación sobre el apartado “Romances tradicionales”. La inclusión de *El piojo y la pulga* (núm. 13) no deja de ser problemática, pues más que un romance, es una canción enumerativa de animales. En todo caso, no hay razón para decir que el texto “es prácticamente desconocido en América” (121); basta revisar algunas de las obras contenidas en la bibliografía del volumen para comprobar lo contrario, por ejemplo, *The Spanish Tradition in Louisiana*, t. 1, *Isleño Folkliterature*, de Samuel G. Armistead (Newark, Delaware: Juan de la Cuesta, 1992, núm. 4.5, y la bibliografía americana ahí apuntada), y *El romance tradicional y el corrido mexicano* de Vicente T. Mendoza (2a. ed. México: UNAM, 1997: núms. 33-37), entre otros. El hecho de que Mercedes Díaz Roig prescindiera de *El piojo y la pulga* en su *Romancero tradicional de América* no puede ser

tomado como “prueba elocuente de su no existencia” (121); más bien habría que pensar que la investigadora no lo consideraba romance (la canción aparece en *Naranja dulce, limón partido*, una antología de la lírica infantil mexicana preparada por la propia Díaz Roig y María Teresa Miaja, México: El Colegio de México, 1979: núm. 12).

La obra que nos ocupa no se limita, como vimos, al romancero tradicional (las tres secciones iniciales). El romancero vulgar y el romancero de pliego también están representados. Los romances vulgares “de creación moderna, a partir del siglo XIX” (61), exhiben cierto grado de tradicionalización (*El hermano incestuoso*, por ejemplo); en cambio, los romances de pliego dieciochescos siguen estando muy cerca de la letra impresa y del peculiar —y, a veces, pesado— estilo que caracteriza a este tipo de composiciones:

Atención, noble auditorio,  
todo el orbe se suspenda  
mientras mi lengua declara  
la más reñida pendencia  
que sucedió en Barcelona,  
siendo la ocasión pequeña...

(*Pedro Cadenas*, núm. 36.1).

Vicuña Cifuentes fue el primero en destacar la importancia de estos géneros en la vida de las comunidades chilenas, donde antaño era frecuente que la gente amenizara las labores domésticas con la recitación de un largo romance de pliego (Trapero y Bahamonde: 64). Los comentarios del padre Cavada y los textos incluidos por Trapero y Bahamonde testimonian que en Chiloé existió una costumbre similar (recordemos que el archipiélago tiene el menor índice de analfabetismo del país).

Las dos secciones que siguen presentan composiciones de factura local. *Corrido* es el nombre que reciben los romances en Chile, “especialmente... los que son de temática local” (61). En la sección de “Corridos locales” se agrupan poemas sobre sucesos que, de una u otra manera, han impresionado al pueblo chilote (*El temblor del año 1837, La fiesta de la Candelaria, Corrido de Pedro Ñancúpel, Pedro Chaves*, etc.). Por otra parte, extraña la inclusión de *Amorcito consentido* (núm. 51) y *Mañanita, mañani-*

ta (núm. 52) entre las “Canciones narrativas locales”, definidas por los autores como textos en que “predominan los elementos líricos, pero apuntan algunos elementos narrativos: *están a medio camino entre el género lírico y el género romancero*” (257, las cursivas son mías). En mi opinión, ambas son canciones totalmente líricas, formadas por coplas, también líricas. Las otras tres canciones de este apartado (núms. 53-55) tampoco muestran rasgos narrativos notables. En cambio, en los “Alabados” de Navidad” se aclara muy bien el carácter no narrativo de las composiciones (266); en el comentario de la sección, quizá habría valido la pena señalar que *San Joaquín y Santa Ana* suele ser canción de cuna en otras partes de América.

Varios índices (de romances, de primeros versos, de informantes, de localidades y de recolectores) y una bibliografía complementan la obra, que, al margen de algunos aspectos no tan convincentes, es un instrumento útil —y necesario— para ampliar nuestro conocimiento del romancero americano y panhispánico.

MAGDALENA ALTAMIRANO  
El Colegio de México